

Un libro para el *II Encuentro* de narrativa canaria

Daniel Duque

decía Borges que componer extensos libros y desarrollar en quinientas páginas una idea que cabe perfectamente exponer de forma oral en unos minutos es un trabajoso y empobrecedor disparate.

Esta reflexión de Borges puede servirnos —siempre que la despojemos de la rotundidad inmisericorde que tan grata era al maestro argentino— para acercarnos a este libro, el *II Encuentro de Narrativa Canaria*, subtítulo Narradores canarios hacia el fin de siglo. Y digo que puede servirnos porque en la frasecita de marras hay una combinación de elementos que nos interesan resaltar en este momento: el libro, el disparate y la exposición oral.

Y es que el Ateneo actuó de forma inversa al disparate propuesto por Borges, porque este libro se expuso de forma oral durante muchos minutos de muchas tardes de noviembre de 1994, no tiene quinientas páginas sino 165, sí tiene diversas ideas y sobre todo múltiples enfoques de los 27 autores que aportaron sus trabajos, y no es ningún disparate, entre otras cosas, porque la utilidad de este libro, que la tiene y grande, además, consiste, en primer lugar, en impedir que se sigan repitiendo las mismas ideas y los mismos enfoques año tras año, encuentro de narrativa tras encuentro de narrativa. Digamos que, a bote pronto y sin más, hay que felicitar al Ateneo de La Laguna, al Ayuntamiento de La Laguna y a CajaMadrid por poner sobre la mesa de la narrativa y los narradores canarios este conjunto de trabajos en los que se apun-

tan los males, los desastres, las soluciones y los diagnósticos sobre este género literario que en nuestras islas ha cruzado, a una velocidad de crucero, desde la privilegiada posición del *boom* a la indiferencia actual, a la amodorrada situación presente.

Y es que este libro, no lo olvidemos, ya fue leído en su integridad en esta misma casa por sus autores, lectura dicho sea de paso y sin ánimo de ofender, que interesó a bien pocas personas, tan pocas que no sé si alguno de los que participaron como ponentes podría vanagloriarse de haber oído el 10% de las restantes exposiciones. Juan José Delgado lo señaló en la prensa por aquellas fechas y como es costumbre por estos riscos se le contestó con un silencio de escándalo. Segunda utilidad del libro, pues: permitir que los supuestos animadores de un debate que debió producirse en noviembre de 1994 se enteren en junio de 1996 de cuáles eran las ideas de los otros supuestos animadores de un debate que nunca se produjo.

Sin embargo, el debate podía haberse producido porque ideas y enfoques, ya lo hemos dicho, había más que de sobra. Lo que no hubo fue paciencia, acaso humildad, y sobre todo curiosidad por escuchar a los otros.

Isaac de Vega, por ejemplo, reclamó una rabiosa modernidad para nuestra literatura, definiendo la moderna como “no ser lo que ya se ha sido escogiendo con inteligencia”.

Curiosamente, el mayor en años, y seguramente también en preza, de cuantos participaron en el encuentro fue quien

acercó más sus palabras a los planteamientos clásicos de la vanguardia en el sentido de que hay que abrir nuevos caminos y no mirar para atrás, sobre todo en lo tocante a repetir o, lo que es peor, a repetirse.

Antonio Alonso reclamó para la narrativa insular “más rigor y menos complacencia”, al tiempo que le echó en cara a la crítica literaria canaria un “exceso de descriptivismo y una ausencia de juicios sobre el valor de las obras”.

Este pecado de lesa literatura canaria debería tener solución alguna vez, y acaso no sea disparatado decir que, de la misma manera que el CD Tenerife ha resuelto su problema formando un equipo en el que no figura ni un solo canario, la crítica literaria canaria podría importar algún profesional de reconocida solvencia que empiece a aclarar el panorama a base de juicios críticos en los que no se escamotee la valoración. Porque entendámonos, no es que no haya críticos en Canarias, lo que no hay son críticos canarios dispuestos a decir lo que de verdad piensan de las obras de escritores con los que nos tropezamos en cualquier esquina del archipiélago.

Juan Pedro Castañeda considera “un milagro que la novela canaria haya nacido, y no le deja de parecer maravilloso que, casi otro milagro, se hayan escrito, en los últimos veinte años, seis o siete novelas que se pueden leer”.

Para mí no es ninguna sorpresa este selectivo, y justo, pensamiento de Juan Pedro Castañeda pues comparto con él el lugar de trabajo y en más de una ocasión hemos entrado en estos asuntos.

Manuel Villalba Perera, apunta como solución la “formación de una asociación de escritores canarios que defienda los intereses de la literatura canaria en Canarias”.

Castañeda, que además de ser uno de los mejores novelistas de Canarias es también un escritor canario en el sentido preciso del término pues usa en sus novelas un léxico de verdad canario —aunque no aparece citado ni una sola vez en el *Gran diccionario del habla canaria* de Alfonso O’Shanahan— es a la vez un hombre de Ciencia, y tal vez sea esa precisión científica la que lo lleva a cuantificar los productos narrativos canarios que de verdad son dignos de ser leídos. Es evidente que el río revuelto en el que se mueve nuestra literatura perjudica a los escritores y no ayuda, aunque ellos lo crean, a los que sólo lo intentan.

Juan José Delgado ve en los novelistas de los 70 a gente que tenía agarrada “la sartén por el mango hasta el punto de que los medios de comunicación, las editoriales privadas, los concursos literarios y otras mediaciones propiciaban el acceso del lector a la obra”, mientras que los de la década del 80 miran desconsolados el festín del pasado desde la calle de su presente, por la ventana de esa cocina en la que nunca han entrado.

Víctor Ramírez se puso más periférico que nunca mientras que Emilio González Déniz se declara “escritor y canario pero desconoce qué significa eso del nacionalismo literario: no escribo para demostrar nada, sino porque me da la gana”, e insiste, como otros que por no alargar esto no cito, en el páramo crítico de la literatura insular.



Sinesio Domínguez Suria apunta hacia la EGB y los institutos de bachillerato como los lugares donde se debe iniciar al joven canario en la narrativa canaria, y Luis León Barreto señala como el mal la falta de vivencia cultural de la burguesía; “por desgracia, dice, nos movemos entre nuevos ricos con tendencia a la ignorancia, incapaces de asumir y de amar lo suyo, y un pueblo llano con nivel tan bajo que es arrasado por la ordinarietà de las televisiones”.

Manuel Villalba Perera, después de señalar los problemas consabidos (falta de medios, falta de apoyos oficiales, falta de críticos, falta de interés) apunta como solución la “formación de una asociación de escritores canarios que defienda los intereses de la literatura canaria en Canarias”.

Y Angel Sánchez establecía “la mediocridad del profesorado de Lengua y Literatura Española de enseñanza secundaria, bastantes veces asumida y declarada, que no conoce los textos de la literatura canaria” como la raíz del problema.

En fin, esto es un simple muestreo, pero podíamos seguir. Repito, y creo que bien a la vista está, que pudo haber debate. Digo más, pudo haber hasta trompadas porque el radicalismo de algunas opiniones lo permitía. Hoy, en cambio, estamos todos aquí relajados, con este libro en la mano que no digo yo que lle-

gue a los extremos de ser una caja de bombas pero sí un conjunto de textos interesantes que proponen un análisis y hasta aventuran alguna posible solución. Lo terrible sería, al menos para mí, verme dentro de unos años ante un nuevo encuentro de narradores canarios y que volvieran a surgir otra vez los mismos argumentos, como si este libro no se hubiese escrito, producto, además, de un encuentro. Digamos que hay que pasar a la acción y que no caben más dilaciones ni retrasos. Pero para eso hace falta voluntad y ganas. Para dignificar los premios literarios, por ejemplo, acabando con el amiguismo que tan funestos resultados ha tenido en algunas ocasiones. Voluntad y rigor. Y eso es poco o muchísimo, según, porque esta sociedad nuestra en la que estamos embarcados ha adoptado unas erráticas estrategias de papanatismo y quietud e impuesto unos valores tan pedestres, y a veces miserables, que ese poco de esfuerzo voluntarioso que antes reclamábamos se puede convertir en un obstáculo insalvable.

Por eso quizás, no sería ocioso recordar también a los narradores que escribir —escribir de verdad— es un oficio peligroso, y así lo dejó definido para siempre el anónimo encadenador árabe de la más grande colección de cuentos jamás creada. En las *Mil y una noches*, Schahrasad ensarta historia tras historia no para divertir sino para salvar su linda cabecita de las iras de aquel rey tremendo y vengativo. Contar así adquiere un sentido distinto, sentido que acaso hayan olvidado nuestros escritores envueltos en una nube de problemas externos, en faltas de medios y en ausencias críticas. Cuando se escribe bajo la amenaza de una espada no hay mejor crítico que uno mismo, y la espada la puede esgrimir por igual un rey enloquecido por los celos que una sociedad encadenada a la vulgaridad que adora a una nueva diosa llamada comodidad. El asunto, y muy posiblemente la solución, esté en reconocer el peligro y vencerlo con las poderosas armas de la imaginación y la creatividad.

